

crece en Mahoma (19) y llegan á Arabia por el tiempo del Bairam. Antes de ponerse en camino se cortan los devotos las uñas, se recortan los bigotes y los cabellos, y enseguida practican las ceremonias usadas por el Profeta. El jefe supremo de la religion, que es ahora el Gran Turco, provee á los gastos de la caravana sagrada: regala numerosos vestidos á los árabes del desierto para que no la molesten y dején subsistir los pozos en el camino: envia muchos camellos cargados de odres llenos de agua con una buena escolta, y nombra el *emir hadji* ó príncipe de los peregrinos, cuya dignidad es vitalicia. Este emir recibe una asignacion pingüe, sin hablar de los enormes beneficios por los camellos y los caballos que alquila, de los tributos que impone á los mercaderes que quieren viajar con la caravana, y de la herencia que le transmiten los musulmanes que mueren en la travesía. Y mueren á miles al cruzar el desierto, ora por el simun, ora de sed, ora de enfermedades; especialmente el cólera en este siglo ha sembrado aquellas abrasadas llanuras de millones de cadáveres horribles. Un cadí, versado en el conocimiento del Coran y de las leyes, falla sobre las disputas que se suscitan entre los peregrinos.

Prescriben los teólogos á estos celosos creyentes, multiplicar las prácticas de piedad y las oraciones, tratar bien á los conductores de camellos, bajar de sus cabalgaduras en las cuestas muy pendientes á fin de no fatigarlas; no negar á nadie que se la pida una parte de sus provisiones, abstenerse de disputas y de palabras obscenas. Cuando llegan á los límites de la tierra santa, se visten el iram sagrado, ajustando á su cintura una banda de lana, se echan por los hombros otro pedazo de tela, se descubren los peregrinos la cabeza, se calzan babuchas que no les cubren el talon ni la garganta del pié, y creen oír al camello de Mahoma que, invisible, aunque inmortal, saluda su llegada. Al acercarse al recinto venerado cantan el telbiyé: *¡Héme aquí, oh Señor, pronto á obedecerte! Tú eres único, no hay asociación en tí; para tí las alabanzas; de tí las gracias; tuyo el universo; no tienes compañero.*

El templo de la Meca, tan ponderado por los milagrosos orientales solo tiene de notable su sencillez. Está adornado en lo exterior con siete minaretes, desigualmente distribuidos. Al entrar, se halla un claustro de doscientos á doscientos cincuenta pasos, rodeado de cuatro hileras de columnas hacia el Oriente, y de tres hacia los demás puntos. Estas columnas se hallan enlazadas entre sí por arcos á la morisca, de donde cuelgan lámparas, y encima de los cuales se elevan ciento cincuenta y

(19) Actualmente van seis. La de Damasco, la más importante de todas, va guiada por un bajá de tres colas y se compone de cuatro ó cinco mil personas: vienen en pos las que parten de Egipto, de Berberia, de la Persia, de Lahsa y Nedjed, y de Oman y del Yemen.

dos cúpulas pequeñas. Diez y siete puertas, sin simetría, como todos los demás, abren paso á la mezquita. Casi en medio del patio se alza la Caaba sobre un basamento de doce piés, en forma cúbica, no teniendo más que una sola puerta al Norte: está revestida de plata y cubierta con un ancho pabellon de seda negra flotante al viento, que se renueva todos los años. Allí se conserva la piedra negra que, colocada á la altura de unos cinco piés, de figura ovalada y de siete pulgadas de diámetro, parece una agregacion de otras muchas piedras como los aerólitos. A los cuatro lados de la Caaba, se ven en cuatro pequeños edificios los imanes de los cuatro ritos mahometanos ortodoxos, dirigiendo las oraciones de los creyentes de su comunión. Solo se abre la puerta tres veces al año, una para los hombres, otra para las mujeres, y otra, en fin, para asearla.

Está vedado perseguir á un enemigo dentro del territorio de la ciudad santa, así como matar allí animales, á escepcion de los que son dañosos, y cortar ó arrancar una planta ó una rama de un árbol.

Hacen los peregrinos su profesion de fé, sobre los montes Safiah y Mervah. «Saffah y Mervah son monumentos de Dios; el que haya cumplido la peregrinacion de la Meca y visitado la santa casa, estará dispensado de ofrecer una victima espiatoria, con tal de que dé la vuelta á estas dos colinas. Aquel que haga más de lo que se preceptua, merecerá el reconocimiento del Señor.» (20) Enseguida atraviesan el Makamer-Ibrahim (*habitacion de Abraham*) de Mina á Arafat, en siete correrías; tres á paso lento, y cuatro con velocidad mirando hacia atrás y deteniéndose para imitar á Agar, buscando agua para Ismael. A la caída de la tarde, se dirigen aceleradamente hacia Mozdalifah, á fin de llegar á tiempo para hacer allí la oracion de la noche á ejemplo del Profeta; pero hay muchos que perecen en la travesía sofocados ó aplastados por la indómita oleada de los devotos. Después de haber dado siete veces vuelta á la Caaba, se purifican bebiendo agua de los pozos de Zemzem (21), acompañando cada uno de sus acciones con oraciones rituales.

Hecho todo esto, los peregrinos se rapan la cabeza, y los que los vieron gallardos á la hora de la partida, haciendo oír cánticos de devocion y de regocijo, les ven volver estenuados por las marchas y por el ayuno, desgarrados, enfermos y diezmos. Cuando un peregrino (*hadji*) torna á sus hogares, es allí recibido por sus compatriotas, con una especie de fiesta, y se le honra hasta la muerte.

(20) Coran, cap. I.

(21) Como sería una impiedad rehusar el agua ofrecida por el chaique Zemzem, custodio del pozo, los sultanes han hecho á veces uso de ella para envenenar á los que incurren en su desagrado. Véase el *Viaje de Ali-Bey el Abassi*; 1803-1807.

Hay algunos que se ganan la vida haciendo muchas veces el viaje de la Meca á espensas y por intencion de los que no pueden ir personalmente.

Guerra santa.—La guerra santa contra los infieles es otra obligacion en armonia con un pueblo lleno de pasiones fuertes y sanguinarias: esta obligacion fué impuesta á los fieles por Mahoma. «Combatid á los enemigos en la guerra de religion, matadlos donde quiera que los encontréis: el peligro de cambiar de religion es peor que el asesinato. Combatidlos hasta que no tengais que temer tentacion ninguna y esté consolidado el culto. Cese toda enemistad tan luego como abandonen los ídolos; vuestra cólera solo debe ejercitarse contra los malos. Violad, respecto de ellos, las leyes que ellos no observarían respecto de vosotros: el Paraiso está á la sombra de las espadas; las fatigas de la guerra son más meritorias que el ayuno, las oraciones y las demás prácticas de la religion. Los valientes caidos en el campo de batalla suben al cielo como mártires (22). ¡Oh creyentes! cuando marcheis á la guerra santa, medid vuestros actos, y la codicia del botin no os haga llamar infiel al que os saluda sosegadamente. Dios posee infinitas riquezas. No sean tratados los fieles que se queden en sus casas, sin necesidad, al igual de los que defienden la religion con su vida y hacienda. Dios eleva á éstos sobre aquéllos. Todos poseerán el soberano bien, aunque en más alto grado los que mueren en la pelea. Preguntaron los ángeles á los culpables á quienes castigaron de muerte: *¿De qué religion sois?* Ellos respondieron: *Eramos débiles habitantes de un país idólatra.* Respusieron los ángeles: *¿Acaso no es ancha la tierra?* *¿No podiais abandonar el lugar de vuestra morada?* Su mansion será el infierno. Aquel que deje su patria por defender la religion santa, hallará abundancia y numerosos compañeros. El fiel que, habiendo abandonado á su familia, para alistarse bajo los estandartes de Dios y de sus apóstoles llegue á morir, recibirá galardón del Señor elemento y misericordioso.

(22) Coran, cap. II y IV. A menudo es recomendada por la tradicion hebrea la guerra sagrada. «Todo el que se alista para la defensa de la fé, dice Maimonides, debe confiar en aquél que es esperanza de Israel y su salvador en los días de la tormenta: combate por la profesion de la unidad de Dios. Ponga, pues, su alma en manos del Altísimo, no piense más en su mujer ni en sus hijos; destierre de su corazon todo recuerdo y dirija únicamente su espíritu hacia la guerra» (*Holach Melachim*, cap. VI). La Cábala, dice así mismo: «¡Maldito sea el que cumple descuidadamente la obra del Señor! ¡Maldito el que impide á su espada verter sangre! Pero el que hace toda clase de esfuerzos en el campo de batalla, sin asustarse, con intencion de glorificar el nombre de Dios, aguarde con confianza la victoria y no tema peligro ni desastre, cierto de tener en Israel una casa construída para él y sus hijos.» Hemos visto en estos últimos años proclamada la guerra santa en la Argelia contra los franceses.

Mahoma confirmó el antiguo uso de los árabes de suspender las hostilidades durante cuatro meses, á menos que se tratara de atacar á los que hubieran violado esta tregua santa.

Leyes civiles.—El Coran, código religioso, es además base de las leyes civiles. Ya hemos visto las relativas al matrimonio y al divorcio. En las herencias reciben los hijos doble parte que las hijas. Se necesitan por lo menos dos testigos para la validez de un testamento. Los doctores consideran como una impiedad sustraer á su familia parte de los bienes, á menos que sea para mandas piosas. Se consideran como legítimos los hijos nacidos ora de esposas, ora de esclavas, ora de concubinas, con tal que sean de padre conocido. Deben ser redactados los contratos en presencia de dos hombres ó de un hombre y de dos mujeres, todos musulmanes. Se castiga el robo con la pérdida de la mano: la pena del talion hace justicia de las injurias á la persona, si bien se logra una composicion á menudo. Los delitos menos graves son castigados con el látigo ó el palo.

Era antigua en Oriente la unidad de despotismo, y Mahoma la consolidó, declarando única autoridad el Coran. Este es al mismo tiempo dogma, pontífice y culto; pues á nadie se concede el derecho de explicar infaliblemente su sentido; ninguna autoridad habla, excepto la suya, y el recitarlo es religion. Mahoma no fundó tampoco ninguna autoridad temporal; no instituyó ni Iglesia, ni Estado, ni poderes políticos ó religiosos. Habia escrito lo que Dios le dictaba; después de su muerte, no se le nombró sucesor, y todo permaneció inmutable é irrevocable; estinguida la soberanía temporal y la espiritual, todo quedaba sometido á la letra muerta del Coran, cuya divinidad es cómoda para los poderes temporales, que de este modo no encuentran oposicion legítima, como sucede á los déspotas de los Estados cristianos. «El imperio es de Dios, que lo da al que quiere; la tierra es de Dios, que la concede al que mejor le parece.» Así, pues, el soberano de nacimiento ó de conquista, es por derecho divino señor despótico y único propietario de las tierras, y las cede á los súbditos en virtud de un contrato tácito ó expreso. Al atravesar un sultan por una aldea pide de beber, y da al labriego que le trae agua el terreno que cultivaba, absolviéndolo de toda obligacion con respecto al dueño, el cual queda reducido á la mendicidad por la generosa arbitrariedad del monarca.

Sacerdocio.—Hablando con propiedad, el islam no tiene sacerdotes. La oracion pública y la predicacion se hacian por el mismo Mahoma y sus sucesores. El que preside á una asamblea de creyentes, congregada para la oracion, se llama *iman*, y el iman supremo es el sucesor legítimo de Mahoma. El *mufti*, intérprete de la ley, es el jefe de los *ulemas* ó doctores: especie de decano de la facultad, y no un pontífice á la manera de los cristianos. Los *muezines* anuncian la hora de la

oracion desde lo alto de los minaretes. Dependen de la autoridad civil los ministros de los templos, y se les degrada cuando son indignos: no llevan ninguna señal distintiva, y no tienen tampoco carácter que les emancipe de las obligaciones de todos los demás ciudadanos. Por lo tanto, la division de los dos poderes que habia introducido el cristianismo, cedió allí el puesto á la unidad antigua, y sólo duró breve tiempo la distincion entre el califato y el dominio. Allí no hay dogma ni derecho, sino enseñanza y jurisprudencia; ni tampoco hay clero que pueda oponerse á los que mandan (23).

Mahoma ha escrito: *El islam no tiene monjes*; pero tambien ha dicho en otro pasaje: *Es cosa excelente la pobreza*; y de aquí han partido los árabes para dar libre curso á su inclinacion natural, á la contemplacion. De consiguiente, mientras que gran número de musulmanes ganaban el Paraiso por medio de la guerra, otros procuraron conseguirle con ayunos y maceraciones. Al trigésimo séptimo año de la Egira, Uveis de Karn, en el Yemen, por consejo del ángel Gabriel, se arranca todos los dientes en honor del Profeta, que habia perdido dos en la batalla de Ohod, y exige el mismo sacrificio de sus prosélitos. Otros cenobitas tomaron el nombre de dervises en persa y en turco, de fakires en árabe, es decir, pobres de los cuales se pretende que Ali instituyó veinte y nueve órdenes, y Abu-Bekr, tres. Más tarde el chái que Abdulkari Ghilan, instituyó la regla de los cadires, encargados de custodiar los sepulcros de los grandes imanes en Bagdad. Los saltimbanquis, á quienes se ve en Levante tragarse cuchillos, echar llamas por la boca, arrojar al fuego, pertenecen á la regla fundada por Seid Amed Rufai. Los nurbakes, ó dispensadores de la luz, profesan sobre ella ciertas doctrinas místicas. Tuvieron por principal caudillo á Jelaleddin Rumi, poeta célebre que fundó la orden de los mevlevos, la más afamada de todas. Luego, en 1400, Pir Mohamed Nakhibendi fundió las diferentes órdenes en una sola. Se redujo á una simple asociacion religiosa, poco diferente de nuestra orden tercera de San Francisco, á la cual se afilian personas de todas clases, hasta de la más elevada, sin estar obligadas á otra cosa que á recitar ciertas oraciones, á reunirse algunas veces para cantar ó rezar el *tesbih*, que equivale á nuestro rosario, y se compone de noventa y nueve cuentas.

Sujetos se hallan los verdaderos dervises á obligaciones más estrechas: «Diez cualidades comunes al perro, dice Assan-el-Basri, deben ser patrimonio de un dervis: tener siempre hambre; no tener lugar fijo en que acostarse; carecer de herederos; no abandonar á su señor, aunque éste le maltrate; velar de noche; contentarse con el lugar más ab-

yecto; ceder su puesto á quien lo quiera; volver al que le ha maltratado cuando le presente un pedazo de pan; ponerse á un lado cuando le dan de comer; no pensar en volver al sitio de donde ha partido en pos de su amo.»

Saadi, dice más exactamente en el Gulistan: «Antes de entrar en el retiro el buen musulman piense que un solitario sin doctrina es una casa sin puerta; que un dervis sin piedad, es una casa sin luz; que los bienes de las corporaciones religiosas pertenecen á los pobres; que el dervis avaro es un ladrón de camino; que un solitario gordo puede compararse á un cerdo... Muéstrase el dervis desaliñado en su exterior, y tenga en su interior el espíritu despierto y adormecida la concupiscencia... Poseed las virtudes de un verdadero dervis, y luego poneos, si os acomoda, el kalpali del tartaro.»

Sofis.—Exigen particular mencion los sofis en razon del predominio que adquirieron en Persia. Llámanse así en este pais los que, separándose del mundo, se aplican especialmente á la cultura del entendimiento. Dieron los primeros musulmanes este nombre á ciertos individuos reunidos en sociedad para dedicarse á la penitencia y á las mortificaciones. Abul introdujo entre ellos en el segundo siglo, una regla que tuvo más ensanche en el tercero. Los que la seguian se vanagloriaban de estar en comunicacion con Dios, y alcanzar á la misma esencia de la divinidad, «procurando preservar la mente y el corazón de perturbaciones, estirpar la naturaleza humana, reprimir el instinto de los sentidos, revestirse de las cualidades espirituales, y transfigurarse en la ciencia pura, y en hacer toda especie de beneficios.» Así lo dice Chunaid, luz del sofisma; el cual, como se le preguntase qué dotes se exigian á un verdadero siervo de Dios, respondió: «Estar persuadido de que todo proviene del Señor, que todo subsiste en Dios, que todo volverá á él.» (24) Este panteísmo no les impulsaba á absorberse en Dios con ayuda de los tormentos voluntarios de los indios, sino á refrenar la impureza, las dudas, las pasiones, hasta que la muerte los indentificara con el Ser infinito.

Con motivo de la creacion se lee en el *Goulchen Raz*, que se puede llamar su suma teológica: «¿Cómo pues se desprendió lo finito del Ser primitivo? Pregunta de un hombre que no ha llegado al conocimiento de la verdad todavía. Nunca se ha separado el uno del otro. Lo finito es un fénix sin sustancia. Aparece una porcion de nombres, si bien todos denotan un solo sér. Lo que es infinito jamás puede trasformarse en finito. ¿Y cómo habia de ser eterno en el caso contrario? Lo que es eterno jamás descenderá á los límites de lo finito, y lo que es finito nunca se elevará hasta lo que es eterno.»

(23) Además de los autores citados, véase á CHAUVIN BELLIARD.—*El islamismo*, Paris, 1845.

(24) *Thoulouck Sufismus, sive Persarum theosophia pantheistica*; Berlin, 1821.

De consiguiente el panteísmo les arrastra, como de costumbre, á no reconocer diferencia entre las religiones, ni aun entre las obras humanas. «Ninguna accion, dice Asisi, emana de nosotros. ¿Qué cosa es bien? ¿Qué cosa es mal?» Léese en una de sus composiciones poéticas. «Yo soy todo lo que ves y de lo que gozas. Soy el Evangelio, los Salmos, el Coran. Soy Usa y Allat (dos ídolos árabes): soy Baal y Dagon, la Caaba y el altar del sacrificio. Dividido se halla el mundo en setenta y dos sectas, y sin embargo no hay más que un Dios. Yo soy el creyente que cree en él. ¿Sabes tú lo que son el fuego, el aire, el agua y la tierra? Yo soy el aire, la tierra, el agua y el fuego. Soy la verdad y la mentira, el bien y el mal, el duro y el blando, la ciencia, la soledad, la virtud, la fé, el más profundo abismo del infierno, el más cruel tormento de la llama, el supremo paraiso, Uri y Riswan, la tierra y cuanto contiene, el ángel y el diablo, el espíritu y el hombre; en suma, yo soy el alma del mundo.»

Herejias.—Ya aquí vemos una de las herejias del islam; pues aunque al parecer debería estar exento de ellas, reducido como se halla á tan sencillas reglas y aun casi á negaciones, no tardaron á ingerirsele disputas y sutilezas. Las sectas cristianas, desparramadas en Oriente, habian llevado la decadente filosofia griega á puntos donde no habia logrado llegar en sus mejores días. Solo la escuela de los peripatéticos habia quedado en pie en medio de las ruinas del paganismo y del neoplatonismo, y todos los estudios se reducian á la *Lógica* y al *Organon* de Aristóteles. Aplicaron los árabes estas reglas á su teología, que se ejerció en controversias sobre lo que sus doctores llaman los cuatro puntos cardinales, es decir, los atributos de Dios, la predestinacion, las promesas y las amenazas. Aun llegó á investigar hasta qué punto deben ejercer influjo en materia de fé la razon y la historia, incluyendo tambien la mision de los profetas y el oficio del iman.

Segun los diferentes modos de entender las cuestiones que nacen de estos diversos asuntos, son los musulmanes ortodoxos ó heterodoxos. Titulanse los primeros sunnitas ó tradicionales, porque reconocen la autoridad de la Sunna, que suple al silencio del Coran, en cuanto al dogma y al precepto. De acuerdo en el fondo de las tradiciones difieren en la práctica. De aquí las cuatro escuelas reputadas por ortodoxas, y á las que por este motivo están reservados puestos en el átrio de la Caaba para rezar allí sus oraciones, cada una bajo la direccion de su iman.

Hanefitas.—El jefe de la primera fué Abu-Hanifah (699-769), muerto en la cárcel de Bagdad, por haber rehusado las funciones de juez para las cuales se creia inhabil con sujecion á esta máxima: «Si digo la verdad, soy incapaz para ello; si miento, soy indigno.» En su calabozo repasó el Coran siete mil veces. Divulgada su doctrina en un principio en el Irak, es ahora general entre los otomanos: sus adeptos

forman la secta de la razon, porque deciden segun su propio examen, y no segun el ageno dicho.

Malecitas.—Al revés, la escuela á que se adhieren los africanos es esclava de la tradicion: tuvo por fundador á Malek-Ebn-Ans, que vivió del año 90 al año 177 de la Egira. Habiendo ido á visitarle en su última enfermedad uno de sus amigos, le halló vertiendo un torrente de lágrimas, y preguntándole la causa obtuvo esta respuesta: «¡Plugiera á Dios que hubiera recibido mi cuerpo tantos azotes como cuestiones he resuelto con arreglo á mi opinion propia! En ese caso tendria que dar á Dios menos cuentas.» Empleaba en la gloria del Señor toda su sabiduria: por lo cual interrogado acerca de cuarenta y nueve cuestiones, respondió á treinta y dos: *Lo ignoro*.

Safeitas.—Mohamed Ebn Edus-el-Safei, nacido en Gaza, en Palestina, el día en que murió Abu Hanifah, fué versadísimo en la ciencia teológica y discutió antes que otro alguno sobre jurisprudencia, tratándola metódicamente. Pasaba una tercera parte de la noche en el estudio, otra en la oracion y destinaba la última al sueño. No juró una sola vez en nombre de Dios, y un día en que se le sometia una cuestion, se le vió titubear en silencio; y estrechado respondió de este modo: «Calculo si vale más que hable ó enmudezca.» Trataba de embustero al que pretende amar á la vez al Criador y al mundo. La secta por él fundada se estendió entre los árabes; y Ebn Andal, que en un principio habia vedado á sus discípulos prestarle oídos, decia posteriormente que era lo que el sol al mundo, lo que la salud al cuerpo.

Anbalitas.—Este Ebn Anbal engendró la cuarta secta. Nacido en el 164 de la Egira en Meru del Corasan ó en Bagdad, donde estudió y creció en fama, sabia por lo menos un millon de tradiciones acerca de Mahoma. No habiendo querido confesar que el Coran hubiera sido creado, el califa Al-Motassam mandó que fuera azotado y preso: á su muerte siguieron su ataud ochenta mil hombres y sesenta mil mujeres. Enseñaba una práctica de rigor sumo; y á pesar de todo encontró tantos sectarios, que bajo el reinado del califa Al-Radi, escribieron una sedicion violenta en Bagdad (934), donde quisieron destruir todo refinamiento, el vino, las cantatrices, los instrumentos de música. Sin embargo, su número fué disminuyendo y apenas se encuentra hoy alguno fuera de Arabia.

Viene en seguida una nube de musulmanes heterodoxos, en divergencia sobre artículos fundamentales en materia de fé. Como efectos de causas semejantes se hallan muchas analogias entre las herejias cristianas y mahometanas. En efecto, unas y otras nacieron de la inquietud que impulsa á querer averiguar más de lo que enseña la fé primitiva; de la inobservancia de ciertas prescripciones, de la ambicion política, de los restos de las creencias anteriores, por ejemplo, del magismo. Ahora bien, la identidad de las opiniones se reproduce en la similitud de los hechos; persecucio-

nes y martirios, sofismas y oscuridades, odios inextinguibles y guerras sangrientas; con la única diferencia de que los errores de los musulmanes, en razón de la ignorancia y de la imaginación son todavía más extravagantes; sus milagros más absurdos, sus imágenes más estrambóticas. Dicen los mahometanos que los magos están divididos en setenta escuelas, los cristianos en setenta y una, los hebreos en setenta y tres, una de las cuales es ortodoxa; á la par que el islam aventaja á todas, hasta en contar setenta y tres, todas heterodoxas (25).

Motazales.—Niegan los motazales, teólogos filósofos, los atributos de Dios, á escepcion de la eternidad, que constituye su esencia; por ella conoce Dios y no por la inteligencia. Refutan la predestinación, no pudiendo ser Dios autor del mal. Obra el hombre libremente, y si un creyente muere culpable de un grave delito, será condenado á eternos castigos. Se subdividen en veinte sectas, cada una de las cuales cree poseer por sí sola la verdad, y la principal de ellas es la de los kadres, es decir, protestantes contra el decreto absoluto de Dios (*al kaadr*).

Sefatianos.—Los sefatianos ó atributistas profesaban precisamente el dogma contrario, á saber, que los atributos de Dios son eternos, tanto los esenciales como los accidentales: agregaban á estos los atributos declarativos, es decir, aquellos á que es fuerza recurrir para la esposición histórica, como tener ojos, hablar, y otros semejantes. Pero respecto de la interpretación de éstos se dividieron en diferentes opiniones. Fué la más célebre la de los asarianos. Al-Asari disputaba á Al-Jobbai, motazal, que Dios se vió obligado á hacer siempre lo mejor; y racionaba de este modo: «Supon á tres hermanos: uno habiendo vivido en conformidad con la ley, otro rebelde á ella, y el tercero muerto

(25) Como fácilmente se presume, Gibbon ensalza la religión de Mahoma sobre la de Cristo, y su argumento más fuerte es la estabilidad de la primera, en comparación de la movilidad de la otra. La prueba que alega consiste en que el árabe dice todavía hoy en Constantinopla: *No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta*. Impudente insulto hecho á la razón de los lectores; pues no hay un niño entre nosotros que no sepa repetir, sin equivocarse en una sílaba, el *Credo* de los tiempos apostólicos, que ofrece un conjunto de creencias nunca alteradas; á la par que la fórmula mahometana se encierra en siete ú ocho palabras que no contienen dogmas, ni sentido dogmático, y por consiguiente se prestan mucho menos á la corrupción. En cuanto á la pretendida inmovilidad del islam, puede juzgarse de ella por el número de sectas, y por los torrentes de sangre que han hecho correr hasta los vahabitas, nuestros contemporáneos. A mayor abundamiento este error no debe atribuirse propiamente á Gibbon, pues leemos lo que sigue en uno de sus autores favoritos: *Ordo ecclesie mahomedanae longe romanum antecellit; nam a quo tempore ista superstitione incepit, nulla in eorum ecclesia schismata orta sunt*. ESPINOSA, *Opera posthuma*, p. 613.

en tierna edad. ¿Cuál será su suerte? Al-Jobbai respondió que el primero tendría su recompensa en el cielo; que el otro sería castigado en el infierno, que el tercero no tendría recompensa ni castigo.» Pero Al-Asari añadía: «Y si el tercero dijera al Señor: *Hubieras debido otorgarme más larga vida, para poder entrar en la gloria con el mejor de mis hermanos*.» Al-Jobbai replicaba: «Dios respondería que en virtud de su presciencia, había sabido que si el niño no hubiera muerto hubiera sido criminal y merecido el infierno.» Entonces Al-Asari, dijo: «Pues bien, el segundo añadirá: *¿Por qué no me retiraste también del mundo desde mi infancia antes que me hiciera merecedor del castigo?*» Al-Jobbai no supo alegar más objeción que la de «que Dios le había prolongado su vida para dejarle ocasión de perfeccionarse» lo cual refutó Al-Asari diciendo: «¿Y cómo no prolongó la del niño, cuando por la misma razón debía haber redundado en su ventaja?» No teniendo Al-Jobbai nada que replicarle le dijo: «¿Estás por ventura poseído del demonio?» (26)

Estraviándose de esta suerte en los abismos de la predestinación, creen sus discípulos que Dios tiene una voluntad eterna, aplicable á lo que quiere, con relación ora á sus propias acciones, ora á las de los hombres. Sin embargo, estos son responsables de sus obras, aunque en realidad son producidas por Dios, que quiere el bien y el mal, el provecho y el daño, y hasta puede mandar al hombre cosas imposibles.

De los mardaitas del Líbano se derivaron los drusos, así llamados á consecuencia de un misionero del califa egipcio Hakem-Bamrillah, á quien miran los drusos como á un dios. Se dividen en teimanes ó sectarios del emir Cheab, dominan sobre el Líbano, teniendo su residencia en Deirolkamr y en discípulos de Ibn-Mahan.

Careyitas.—Llamóse careyitas, es decir, *rebeldes*, á doce mil hombres que se separaron de Ali, irritados porque había sometido á un arbitraje sus derechos al califato. Sostenían que se podía llegar á ser iman sin pertenecer á la tribu de los coreichitas, y que para esto ni aun había necesidad de ser libre con tal de reunir piedad y justicia; que el iman puede ser depuesto cuando se separa del camino recto.

Siitas.—Al revés los siitas ó *cismáticos* consideran como únicos califas ó imanes legítimos á Ali y á sus sucesores: este cargo no depende, según ellos, de la voluntad del pueblo: algunos, escediéndose de toda medida, llevaron su veneración por este santo hasta el extremo de preferirle á Mahoma. Los siitas ven en Ali no solo al jefe civil y religioso, sino que reconocen en sus descendientes prerrogativas sobrenaturales, como la presencia de la divinidad en el iman. Con motivo de la desaparición misteriosa de su décimo descendiente, sus

(26) ERU-KALEC, *Vita Jobbai*.

partidarios se han persuadido que reaparecerá para restablecer el imperio.

Los sunnitas culpan á Ali de haber difundido por sí mismo aquella creencia, atribuyéndole las siguientes palabras: «Yo soy Alá, el clemente, el misericordioso, el altísimo, el creador y el conservador, el competente: yo que concedo las gracias; yo que en el seno de la mujer doy una forma á la gota.» (27) Los siitas á su vez echan en cara á los sunnitas el haber suprimido no solamente muchas máximas de Mahoma, sino hasta un capítulo entero del Coran relativo á Ali, donde están profetizadas las persecuciones que después sufrió.

La secta de los siitas continuó adquiriendo importancia cuando la familia turca de los Otomanes y la persa de los Sofis (ó Safis) aunque no tenían vínculos de parentesco con las casas de Ali y de Mohaviyah, le legaron sus derechos. Desde entonces la secta de los siitas ha hecho insoportable la morada de Persia, á pesar de la hermosura del país. Todo el que no pertenece á ella es impuro, ora sea judío, cristiano ó sunnita; pero los turcos son siempre blanco de su odio como poseedores de los lugares á donde van en peregrinación: Cufa, sepulcro de Ali; Kerbele, sepulcro de Hussein; Bagdad, de Muza, y residencia perpétua de los imanes. Por eso enseñan que se contrae más mérito matando á un sunnita que á treinta y seis cristianos. Celosísimos por las peregrinaciones devotas, las hacen á diez ó doce santuarios, sin contar el de la Meca; de suerte que están en continuo viaje. Guardadas entre ellos las mujeres con más severidad que entre los turcos, son llevadas en jaulas de madera sobre caballos: se las baja de allí para comer y otras necesidades, aunque sin permitirles salir de su encierro. No entrarían en las casas de los turcos, ni probarían alimento á que ellos hubiesen tocado. Como la devoción querria que se hicieran enterrar en torno de los sepulcros de los santos, de que son poseedores en la actualidad los turcos, forman en las ciudades depósitos de cadáveres, conducidos por mulas detrás de fétidas caravanas, á través de la Persia y de Mesopotamia, hasta Cufa, pagando muy cara la travesía, la sepultura, las oraciones, y fomentando sus recíprocos odios.

Casi todos estos sectarios han supuesto que encerraban un significado oculto las verdades religiosas y morales, cuyo conocimiento, reservado á un escaso número, es superior á todo deber de religión.

Vahabitas.—No hemos hecho más que indicar las principales heregias del mahometismo (28), sin empeñarnos en la tarea harto difícil y enojosa de enumerar las más modernas hasta la de los vaha-

(27) *Dabistan*, pág. 35.

(28) Silvestre de Sacy publicó en su avanzada vejez una obra *Sobre la religión de los drusos* (1838), que ofrece un animado cuadro de las diferentes sectas del islamismo.

bitas. Cuando llegemos á la historia de nuestro siglo, veremos á éstos derramar torrentes de sangre para volver su pureza al islamismo corrompido; y con una velocidad que recordaba las primeras victorias de los musulmanes lanzarse desde el Nedjed, someter á las tribus errantes, y sembrar el espanto hasta Damasco y Bagdad; derrotados en fin por Ibrahim bajá (1818) y después de haber perdido á su caudillo Abdalá, quedar sometidos por algun tiempo para volverse á alzar formidables.

¿Hasta qué punto ha merecido bien de la humanidad Mahoma?

Es imposible purgar de la mancha de impostor al hombre que hace hablar á Dios para dispensarse de cumplir las leyes que impone á los demás: «Conocemos las reglas del matrimonio establecidas por nos para los creyentes; á pesar de todo no temas hacerte culpable, usando de tus derechos. Dios es indulgente y misericordioso. A medida de tu capricho puedes conceder ó negar tus abrazos á tus mujeres; recibir en tu lecho á la que había sido por tí escluida, para restituir el contento á un corazón entristecido. Tu voluntad será su ley y se conformarán á ella. Dios conoce el fondo de vuestra alma: él es sabio y vigilante. No aumentes el número de las esposas que posees (él tenía nueve); no podrás cambiarlas por otras cuya hermosura te haya seducido, si bien siempre te es lícito frecuentar á tus esclavas. Dios lo observa todo. ¡Oh creyentes, no entreis sin licencia en la casa del Profeta, escepto cuando os convida á la mesa. Acudid á ella cuando os llame: salid de la mesa separados y no prolonguéis demasiado las conversaciones, porque le ofenderiais en ese caso. El tiene escrúpulo de deciroslo, pero Dios no se sonroja de la verdad. Si teneis algo que preguntar á sus mujeres, sea á través de un velo: así vuestros corazones y los suyos conservarán la pureza. Evitad ofender al apóstol del Señor; nunca os caseis con las mujeres con quienes él tuvo comercio: este sería un crimen á los ojos del Eterno.» (29)

Fuerza es decirlo, el Coran es obra de un presuntuoso que cree resolver las cuestiones cardinales cortándolas sin ocuparse de las dificultades, y que constituye de este modo un teísmo insípido y superficial, una creencia puramente negativa de la divinidad. Es estéril é incompleta la doctrina de su libro, á la par que, examinada exteriormente, es una compilación sacada de las fuentes menos puras, de los evangelios apócrifos, preferidos allí á los auténticos, de la Cábala más bien que del Pentateuco. No queda de consiguiente más que su mérito poético.

Ismael no supo, pues, más que Israel; pero aun cuando se quisiera admirar el Coran por algunas de las verdades y de las sentencias morales bien espresadas que en él se encuentran, no se debe

(29) *Coran*, cap. XXXV.

juzgar una opinion religiosa solamente por el texto de su ensenanza, sino tambien con arreglo á los usos prácticos que se derivan de ella. Ahora bien, al enseñar, ó á lo menos al hacer revivir una religion más racional (30), una moral menos sanguinaria, abrió á los árabes el camino del poder y de la sabiduria. Para los parientes era una obligacion vengar el asesinato de uno de los suyos. Cuando dos tribus se hacian la guerra, la que salia vencedora inmolaba á un prisionero libre por cada esclavo ó mujer que habian perdido, y diez por cada hombre libre. Mahoma redujo este talion á la proporcion grosera de hombre libre por hombre libre, esclavo por esclavo, mujer por mujer; y exhortó á admitir el precio de la sangre vertida, diciendo: *El que perdona al asesino, alcanzará de Dios misericordia.* Y añadió: «Dios se complace en los que perdonan las ofensas. Observad en cada uno, no sus malas cualidades, sino las buenas. Perdonad á quien os ultraje: huid de los ignorantes, de los pedantes y de los pendencieros. Restituir el mal por el mal parece política y prudencia; pero los hombres piadosos reciben el mal y devuelven el bien. El hombre piadoso paga las repulsas con donativos, las murmuraciones con alabanzas; debe compararse á esos árboles que dan sombra y frutas á los que les tiran piedras.»

Peró ¿qué valor tienen semejantes consejos diseminados en medio de una doctrina que escita las pasiones y fomenta sus efectos? Si al principio pudieron introducir una momentánea mejora entre los compatriotas de Mahoma, no tardaron éstos en volver á su antiguo método de vida. El árabe del día vive libre, ignorante y pobre, como antes del Profeta, apacentando sus rebaños ó inquietando con sus incursiones á los moradores de la Palestina, de la Siria, del Irak.

De consiguiente, no se dejaron sentir los efectos del islam en el país donde tuvo cuna: fuera de él, hieren nuestra vista. Mahoma fué llamado el hijo de la espada, á la par que Cristo se llamaba hijo del hombre. Si pues fué caritativo y benévolo, respecto de sus fieles, se mostró en su doctrina inflexible con sus enemigos, y consolidó el antiguo derecho de la victoria que hace esclavo al vencido en su persona, ó turba su conciencia. Si el musulman no corta la cabeza de su prisionero en honor del Profeta, le ata á la cola de su caballo hasta que se resigne á la servidumbre. Es profanada la santidad de los afectos domésticos por los matrimonios múltiples y por la facilidad del divorcio. La fortuna del padre se halla dividida entre muchas familias, y la ternura maternal, distraida por los celos de esposa, es sofocada por la rivalidad de madrastro. Nos estremece solo el relato de los fratricidios comunes en las familias reales; pero conviene establecer una gran diferencia entre el religioso go-

(30) Hállase proclamada la unidad de Dios en el poema de Antar, anterior á Mahoma.

bierno interior de nuestras casas y la voluptuosa comunidad del harem, donde tanto el himeneo como la paternidad son sentimientos frios, y los niños desde la cuna encuentran el odio y las rencillas de sus madres; dramas cuyo desenlace natural es el asesinato, no bien se presenta una ocasion.

Abstenerse del vino (31) en un país que no lo produce; ayunar días enteros bajo un cielo de fuego, que obligaba á pasarlos durmiendo, eran privaciones ilusorias; pero tan pronto como los sectarios de esta ley se hallaron trasladados por la fuerza de las armas á los deliciosos climas de Persia y del Asia menor, á las islas donde sonreia una abundante vendimia, parecieron rigurosos y difíciles estos preceptos en constante oposicion con los apetitos naturales; de aquí resultó que el carácter del sarraceno, se hizo feroz y sombrío, de jovial que era. El título de musulman fué sustituido á todo otro lazo de tribu, de nacion, de familia. Nada de nombre comun en una misma descendencia, nada de blasones distintivos, nada de nobleza hereditaria: nadie pensaria en preparar moradas, ni en plantar árboles para un porvenir fatalmente ciego é inevitable. El Dios uno es celoso hasta de sus símbolos: por consiguiente, ninguna imagen, ninguna arte de imitacion. Solo Dios y el hombre sin mediador, sin esa escala progresiva que eleva hasta el Criador, desde la humilde criatura, sin gerarquía en el cielo ni en la tierra. Fué conservada la predicacion, ese instrumento principal de la civilizacion entre los cristianos, pero la hizo estéril la incurable imperfeccion de la doctrina. No tuvieron los mahometanos arquitectura religiosa, porque su fe separa completamente á Dios de su obra, no le hace conocer en sí mismo, ni en sus relaciones con la creacion, y le relega al fondo de las inexplorables tinieblas de su unidad absoluta. Nada despertó tampoco entre los árabes esa necesidad de remontarse desde el fenómeno á la idea, de descubrir la razon de las cosas, motivo principal de los progresos de las ciencias entre los cristianos. Fué destruido lo que aun quedaba de las antiguas civilizaciones orientales, volvió el Africa á la barbarie: para luchar con aquella invasion nueva, tuvo que suspender la obra de su regeneracion Europa. Estendióse una dominacion matadora sobre la mayor parte del mundo, sobre los países más favorecidos por la naturaleza, no para infiltrarles nueva sangre, como lo hicieron los bárbaros del Norte, sino para atajar todo adelanto en medio de los furores de la matanza y de la apatia del fatalismo. Siendo el Coran ley religiosa y civil, estorbó toda mejora hasta en las leyes, sancionó la injusticia á título de revelacion divina y rechazó las reformas. No siendo moderada la autoridad de los califas por los privilegios de la Iglesia, por los

(31) En el Coran se llama al vino, madre del envilecimiento (*ummul chabai*).

concejos, ni por los recuerdos de libertades anteriores, permaneció absoluta, cual lo es comunmente en un gobierno patriarcal; sacerdotes y príncipes á un mismo tiempo, interpretaron el Coran y pudieron cubrir con el manto de la religion la injusticia.

Aun hoy, cuando las ideas de la Francia, las especulaciones de la Inglaterra, las intrigas de la Rusia agitan el Oriente por todas partes ¿á qué se reducen las reformas celebradas por los que las hacen consistir en beber vino y en mudar de traje? Hasta bajo Mehemet Ali, á quien tanto se encomia, no hay más propietario que él en Egipto: el fellah (*felá*) no puede libertar de la mutilacion á sus hijos destinados á ser eunucos: todavia se condena á las doncellas seducidas, á ser cosidas desnudas con un gato dentro de un saco de cuero, y luego arrojadas al mar; y todo el reino de los Faraones y de los Tolomeos no contiene más de millon y medio de habitantes, incluso los doscientos cincuenta mil de la capital. ¿V qué diremos del imperio otomano, cuando hasta los decretos paternales dictados al joven sultan, respiran ideas y revelan males apenas propios de la sociedad europea hace mil años?

Hé aquí los frutos tardios, aunque naturales, del islam, que retardó la obra de los siglos, la de la legislacion romana y del cristianismo, renovó la servidumbre doméstica y la poligamia, acompañadas de crímenes inseparables de ellas, y de males con que la naturaleza paga á los que la ultrajan.

La esclavitud se perpetuó; eternizóse el despotismo de unos jefes que apoyaban en el derecho divino la exorbitancia de un poder sin freno (32), el inicuo derecho de conquista, la inhumana razon de Estado, esa razon de Estado que hace á las conciencias esclavas de la espada; que mata á los rivales, á los hijos, á los hermanos, para seguridad del primogénito; que ordena no atar el ombligo á las hijas que dan á luz las sultanias; que envía orden de suicidio á los que hacen sombra: que sacrifica la justicia al bien público, identificado con el capricho del monarca, y traza estas palabras en las constituciones de un imperio establecido sobre las más magnificas comarcas de la Europa: «La mayor parte de los legistas ha declarado licito á todos mis hijos y descendientes llamados á gober-

(32) *La rebelion es peor que los suplicios.* Coran.

nar, que hagan morir á sus hermanos para asegurar la tranquilidad del mundo. Háganlo, pues, así.» (33)

(33) *Constitucion osmánica de Mahomet II.*

No permitiéndome comprobarlo todo, los pocos recursos que he contado en mi patria antes de publicar mi trabajo, y en mi constante deseo de mejorarlo, apelé á la critica ilustrada de los hombres á quienes creo más capaces de aconsejarme ó de corregirme, principalmente sobre materias en que no me es dado beber en las verdaderas fuentes. Así he rogado al baron de Hammer, juez competente en todo lo concerniente á Arabia, que tuviera á bien manifestarme su dictámen respecto de este libro que trata de cosas árabes, y lo obtuve tal como podia esperarlo de su saber y cortesía. Dándole gracias por los elogios con que, solo ciertamente para que sirviesen de estímulo, honró esta parte de mi obra, consignaré enseguida las observaciones que me ha hecho, para que se aproveche de ellas el lector.

Por lo que hace á la critica de las fuentes, Mr. de Hammer me censura por no haber hecho mucho caso del Thaberi (en efecto, entonces no conocía más que los extractos de Schultens, que ya he citado, y no los dos tomos traducidos por Rosegarten, publicados solo en 1838); de haber por el contrario atribuido grande importancia al Wakidi de Okley, con motivo de las primeras campañas de los musulimes, pues el que está impreso tiene mucho de novela, como lo ha demostrado Hamaks, cotejándolo con el verdadero Wakidi, que se halla en la biblioteca de Leida.

En su sentir Sale y Sacy no son tampoco buenos guías en lo relativo á la religion mahometana; de lo cual cree haber dado pruebas en los *Anales de literatura de Viena*, hablando de la obra del último, titulada: *De la religion de los drusos.*

Refuta la doctrina del profesor Lanci, con motivo de la existencia de una escritura *imiarítica*, ó, como dice éste, *omirena*, reservándose probarlo al pasar revista á noventa obras orientales publicadas desde 1836 á 1840, trabajo que Mr. Hammer ha comenzado en los *Anales de la literatura* antedichos.

Tambien le he consultado con motivo de las diferentes traducciones del Coran, entre las cuales hallaba yo estremada discordancia, especialmente en la division de los versículos de los Suras, lo cual me habia hecho sumamente penosa la analogia de las citas. Hé aquí su respuesta sobre este punto. «Yo cito siempre á Marracci, que es aun el mejor texto del Coran, como lo demostraré en los *Anales*, hablando de la traduccion de Kasimirski. Este traductor ha seguido la nueva edicion de Flugel, y ora por comodidad, ora por espíritu de protestantismo, ha preferido la edicion de Hinkelman á la de Marracci. Están de acuerdo con ésta los coranes impresos por los musulmanes en Tebriz y en otros puntos. «Vereis por mi critica que Kasimirski no es fiel más que en los pasajes en que ha seguido á Marracci. Las traducciones alemanas son detestables.»